

MARINA GARCÉS. *La pasión de los extraños. Una filosofía de la amistad*.
Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2025, 183 pp. ISBN 978-84-10317-20-8

Leonardo Rodríguez Acuña  

Universidad de los Andes, Santiago, Chile.

La filósofa española Marina Garcés ha publicado un nuevo ensayo, en donde propone una reconsideración de la amistad. Como es bien sabido, la amistad forma parte de los principales temas de la filosofía ya desde Platón y Aristóteles. Pero, a diferencia de las grandes disputas en torno a otros temas como la verdad o la justicia, la reflexión sobre la amistad es sorprendentemente armónica. “Hay matices, pero no disputas” (p. 35). La amistad virtuosa permea los ambientes académicos, también la cultura pop e incluso la autoayuda: se piensa en la amistad desde un ideal de pureza, la *teleía philía* producida entre dos individuos libres e iguales que no se necesitan. Sin embargo, Garcés sospecha que este ideal no concuerda con nuestra precariedad vital, y además reproduce una visión androcentrista y jerárquica. Propone, pues, explorar una ‘historia no escrita’ de la amistad. Su principal propuesta es que la amistad no consiste en querer la virtud del otro, sino en una pasión de lo extraño en el otro.

Antes de reseñar la obra, conviene destacar la gran destreza de la autora en el género ensayístico. Su texto integra con maestría múltiples registros y perspectivas metódicas: comenta literatura clásica, películas, ensaya clasificaciones conceptuales diversas, discute con filósofos antiguos y contemporáneos, incorpora estudios de etología y sociología, rememora anécdotas de su vida. Su argumento no es una novedad total, pues continua algunas reflexiones de Deleuze, Butler o Derrida; pero Garcés evita los lugares comunes y construye un argumento propio. Su texto es provocador, polemiza concienzudamente con la ortodoxia filosófica, especialmente la consideración de la amistad desde una ética de la virtud. Sus interpretaciones son tan discutibles como estimulantes. No sigue la exposición directa y sistemática de un tratado, pero sí hay un argumento progresivo a lo largo de la obra.

El ensayo se compone de ocho capítulos, además de un prólogo y un epílogo. En su prólogo (pp. 11–19), la autora narra sus motivaciones para ocuparse de la amistad. Ya aquí introduce una dificultad que atraviesa la obra completa, a saber, que nuestra noción de amistad oscila entre la confusión y la difusión. “O bien se hace de los amigos y amigas un valor orientador incuestionable e idealizado, el único que puede salvarnos entre tanto caos ambiental y personal, o bien la experiencia de la amistad se difumina hasta el punto de no saber distinguir un *like* de un amigo” (p. 18). Garcés critica la concepción idealizada de amistad, pero es consciente del riesgo contrario. Más adelante explicita

mejor el problema: ¿se puede distinguir una amistad verdadera de otras relaciones sociales, sin construir una jerarquía como la que ella observa en la tradición? (p. 44).

El primer capítulo (pp. 21–37) reviste un carácter introductorio, donde se presenta a la amistad como un tipo de relación que se resiste a su institucionalización. Garcés presenta una noción de amistad como un vínculo esporádico, impredecible. Esta noción está bastante lejos de la *philia* supuesta en toda comunidad que advirtiera Aristóteles. Es más, tal como la filósofa entiende el concepto, las amistades son hostiles a las instituciones, puesto que interrumpen sus fines. La única ‘ley’ de la amistad es que no tiene ninguna finalidad (p. 23). Ahora bien, aunque no sea un vínculo legislado, sí hay pautas normativas de la amistad: hay una normatividad particular, fruto de la idiosincrasia de los amigos; normatividad social, según sea lo esperado de la relación amistosa en determinada sociedad; y normatividad aspiracional, que depende de las ideas de una cultura sobre lo que constituye una buena amistad (pp. 31–4). La atención de Garcés está dirigida a esta última, fuertemente influenciada por la tradición clásica-aristotélica, y, como consecuencia, valoramos inauténticas a muchas de nuestras relaciones amistosas.

El segundo capítulo (pp. 39–59) reconstruye esa hegemonía cultural de la amistad. Los principales referentes que estudia son Aristóteles, Cicerón, y Madame de Lambert. Las ideas generalmente compartidas sobre las amistades auténticas son (i) que contribuye a la virtud, (ii) que son excepcionales, (iii) que son incompatibles con la dependencia, (iv) que se prolongan por toda la vida, (v) que se expanden hacia la concordia de toda la sociedad. En suma, estas ideas le otorgan una “épica moral” a la amistad, que aún hoy resulta influyente (pp. 55–6). Al hilo de su exposición, Garcés ensaya críticas a los supuestos comunes sobre esta imagen de la amistad. Reconoce tres problemas: (a) primero, en la medida en la que excluye la dependencia, estas ideas se asientan en un supuesto androcéntrico y de clase, relegando a niños, mujeres y pobres de la experiencia de la amistad auténtica; (b) segundo, sostiene una jerarquía de relaciones amistosas que no le hace justicia a la realidad, ni tampoco a la no-institucionalización ya comentada; (c) tercero, presenta una idea tan exigente de la amistad que no queda más que negar su efectividad (pp. 56–7).

El tercer capítulo (pp. 61–83) está dedicado a reexaminar los “silencios en sus márgenes” de la tradición filosófica, centrándose no ya en las ideas compartidas sobre la amistad, sino en las críticas que ocasionalmente se presentan. La autora reconoce críticas al ideal de autosuficiencia, y por tanto a la idea de que la amistad deba ser inútil, en el epicureísmo y en Étienne de La Boétie. Además, reconoce en Nietzsche un rechazo a la idea de que las amistades sean eternas. La relación con el tiempo es explorada también por Simone Weil y Arendt. Por último, la relación entre amistad y política es puesta en duda desde Schmitt y Achille Mbembe: en una política que reconoce a los otros como potenciales enemigos, la amistad queda desplazada. Su propuesta conceptual intenta recoger estos ‘silencios’, así

como también dar con una mejor relación con nuestra situación política antagonizada. Los capítulos siguientes están dedicados a desarrollar su propuesta.

El cuarto capítulo (pp. 85–99) considera la idea de la relación con lo extraño, eso que nos aparece como fuera de lugar, y que puede producir tanto encanto como inquietud. Su punto principal es que la amistad “hace de la extrañeza un encanto y la convierte en una forma de compañía” (p. 90). El amigo no anula al otro ni lo intenta convertir en propio, sino que es como una resonancia que mantiene la distancia, una “distancia que vibra” (p. 92), tal como Benjamin dice de la obra de arte. En la última parte del capítulo aborda su idea de que la amistad sea una *pasión* —y no un sentimiento, centrado en el individuo—: no es solo que el amigo sea un extraño, también me transforma en un extraño. En sus palabras: “la amistad no mira hacia dentro, se vuelca hacia un afuera que nos rodea y nos recorre, hacia el afuera que llevamos dentro. Por eso, no es un modo de ser, sino un modo de estar y de hacer” (p. 97).

El quinto capítulo (pp. 101–16) explora la noción de intimidad. Los amigos íntimos son quienes se dan a entender sin muchas palabras. Pero esto no quiere decir que no guarden distancia o que se fusionen, sino que salvan la distancia con proximidad, “es un juego de distancias y proximidades que cada relación debe resolver” (p. 105). La proximidad del amigo está dada por nuestra inclinación, la apertura hacia el otro, una apertura que me transforma y muestra mis flaquezas, mi lado íntimo. Hay una excelente formulación de Garcés que sintetiza estas ideas, en conexión con la no-institucionalización de la amistad:

La intimidad es el suelo de la vulnerabilidad que socialmente recubrimos, escondemos y protegemos con los ropajes que nos ofrecen y nos exigen nuestros roles y funciones sociales. La amistad tiene que ver con poder dejar esas funciones, esos roles y esas protecciones, sin quedar desnudos ni desprotegidos, expuestos a la violencia social. (p. 110)

El sexto capítulo (pp. 117–32) explora los límites del concepto de amistad. Aborda el vínculo común entre la amistad y la aventura, puesto que en ambos ocurre una ampliación del entorno conocido (p. 121), conexión que permite reivindicar la amistad infantil, en la medida en que los niños están más inclinados a la aventura que los adultos. Después, considera una preocupación feminista: hay escasas historias de amigas mujeres, y las que hay arrastran una óptica patriarcal; en los últimos años se han masificado las historias de mujeres y aventuras, pero no hay narraciones de sus amistades (p. 125). Por último, discute la idea de si se puede ser amigo de la naturaleza o los animales, pues desprovisto del marco ético y jerárquico de la ortodoxia filosófica, podemos abrírnos —aunque sin confundir— a otras realidades ontológicas de la amistad (p. 132). Con todo, la apertura a lo extraño debe tener un límite: “la pasión por los extraños no es una manía romántica ni un capricho por lo estrambótico y

desconocido, es una práctica de ampliación de mundos que puede tener como consecuencia su total transformación” (p. 132).

El séptimo capítulo (pp. 133–51) vuelve sobre la vinculación entre amistad y política. Garcés considera la idea de que la amistad tiene un potencial revolucionario con efectos políticos. Para ello, repasa la noción de camaradería, fraternidad y sororidad. Estas ideas conforman colectivos o comunidades de luchas que no son amistades privadas, pero están provistas de un afecto que le hace similar a la amistad (p. 141). La amistad no es revolucionaria en el sentido de que ella misma sea un programa político utópico, pero sí tiene un potencial subversivo como límite al ejercicio del poder, puesto que genera una forma de vida entre los amigos; ellos inventan sus propias maneras, sentidos que se escapan al control biopolítico (pp. 150–1). Así que, al final, la autora sí está de acuerdo con la idea ortodoxa de que la amistad es la base de la sociedad política, pero no porque la amistad sea el componente existencial de las comunidades funcionales, sino porque la amistad es lo que hace soportable la vida en sociedad, que no podamos ser sometidos del todo.

El octavo y último capítulo (pp. 153–74) explora vínculos conceptuales de la amistad con otros asuntos que ha tratado la autora en otros lugares. En primer lugar, Garcés considera la amistad como un tipo de deseo ambivalente, que tanto separa como hace posible el encuentro con el otro; siguiendo esta senda, es posible reconectar su noción de amistad con la ética, pero no una ética de la virtud, sino una “ética de la interpelación” (p. 161). La interpelación del otro es posible porque deseamos vincularnos con él, y en la amistad podemos reinventarnos; pone, pues, las condiciones para hacer una promesa (p. 163). En segundo lugar, vincula a la amistad con la risa y lo cómico, puesto que ambos tienen en común una pasión con lo extraño (p. 167). Lo ridículo es lo que no encaja, cuestión semejante a cómo la amistad transforma al individuo. En tercer lugar, vincula la amistad con el recuerdo, puesto que es con los amigos donde nos llenamos de recuerdos compartidos que, a nuestras muertes, se pierden para siempre.

El epílogo del ensayo (pp. 175–9) considera la idea provocativa de que todos somos imaginarios, en el sentido en que nuestra existencia identitaria depende de los vínculos que tenemos con otros y nuestra imaginación.

Intenté reproducir los principales argumentos conceptuales del ensayo, pero he dejado fuera muchas observaciones sobre otros asuntos. Todo el libro está atravesado con observaciones sobre las condiciones para el ejercicio de la amistad en la actualidad, considerando nuestro estado tecnológico y socioeconómico. Además, Garcés hace interesantes críticas al identitarismo multicultural o a algunas agendas feministas que abogan por reemplazar a la familia por comunidades de amistad.

El ensayo de Garcés es original y provocador. Hay varios asuntos que son discutibles. Terminaré esta reseña con dos comentarios críticos. En primer lugar, es cierto que se podría acusar a la tradición

ortodoxa filosófica de ser tendencialmente androcéntrica en su concepción de la amistad y despreciar el estatuto de los necesitados. Aunque es un error atribuir a Aristóteles un desprecio por la amistad útil (como ha sido mostrado por varios intérpretes, por ejemplo, Cooper, 1977), sí es cierto que en general no considera valiosa la experiencia de mujeres, niños o esclavos. Sin embargo, es posible utilizar herramientas aristotélicas para rectificar a Aristóteles en este punto, como lo hiciera MacIntyre (2001, p. 22) en una conocida obra. Garcés hace de la crítica al ideal de autosuficiencia una crítica a la ética de la virtud en general. Sus argumentos son convincentes para lo primero, pero no para desvincular la amistad de toda noción de bien y del carácter moral del otro.

‘La pasión de los extraños’ pone de relieve la idea de que el amigo no es idéntico a mí, sino que una parte importante de la amistad es que resulta inesperado, encantador y fascinante. Sus observaciones podrían considerarse complementarias a la ética de la virtud —por ejemplo, Aristóteles trata la virtud de ser gracioso, en una línea parecida a las observaciones de la autora en el último capítulo—. Pero Garcés va más allá y quiere que la amistad no guarde relación alguna con el aprecio del carácter moral del otro (p. 90). ¿Es convincente? Yo espero de mis amigos ocurrencias que no puedo prever —chistes, proyectos nuevos, etc.—, pero no podría esperar de mis amigos que me roben, que me agredan física o sexualmente. Garcés no ignora estas dificultades, y más adelante en su libro aborda los límites de la amistad y la importancia del respeto a la dignidad. Pero en retrospectiva su argumento —y afirmación de la ética de la interpelación, como una superación de la ética de la virtud— no parece tan coherente. Para que lo extraño sea atrayente, debe haber una cierta precomprensión de lo bueno en ello.

En segundo lugar, puede verse en el ensayo una aparente inconsistencia puesto que Garcés afirma, por un lado, que la pasión amistosa se distingue del amor, ya que se trata de un encuentro en la separación, mientras que el amor buscaría convertir al otro en propio (p. 89); y, por otro lado, que no se puede oponer la amistad y el deseo sexual (p. 160). Me parece que no se trata realmente de una inconsistencia, si consideramos las críticas que la autora recoge sobre la idea de familia (pp. 145–7): el matrimonio sería un sometimiento de uno al otro, cosa muy contraria a la amistad. No quiero discutir aquí esas críticas como tales, sino que revelan un falso dilema. O bien el otro es una completa identificación de mí mismo, o bien el otro es un extraño con el que no tendremos nada en común salvo un mutuo encanto por el otro. Pero esta idea de las comunidades humanas, y del matrimonio en particular, no parece convincente. Garcés ha perdido de vista el concepto de bien común, que consigue *articular* lo propio con lo ajeno.

Podemos insistir una vez más con Aristóteles: toda comunidad es una pluralidad (*Política*, 1261, a17–8). El bien individual se ordena a un bien común, pero sin eliminar esa pluralidad. Podríamos pensar, como de hecho ha sido pensado por la tradición cristiana, que el matrimonio es una



comunidad de amistad en la medida en la que construye un proyecto común, pero sin sacrificar la individualidad de las partes. Se dice que el matrimonio es una escuela del amor porque es un ejercicio de elevación —y no de supresión— de los deseos individuales en pos de deseos comunes. Por supuesto, participar en una comunidad supone aceptar ciertos roles y responsabilidades, pero esto es lo mismo que la autora señala sobre la sororidad: “deja de ser o particular o universal y se ofrece como un campo compartido de implicación. Se convierte en una forma de vida” (pp. 143–4). Así que, al final, su propuesta no es tan diferente de las reflexiones tradicionales sobre la amistad, bien entendidas.

Referencias

- Cooper, J. M. (1977). Aristotle on the Forms of Friendship. *The Review of Metaphysics* 30(4), 619–48.
- MacIntyre, A. (2001). *Animales racionales y dependientes*. Paidós.